

**CALABAZAS**



*en el trastero*

*Libros Malditos*

## CALABAZAS EN EL TRASTERO: LIBROS MALDITOS

**Primera edición digital:** mayo 2020

**ISBN:** 978-2-490290-36-9

**Autores:** Abel Amutxategi, Enrique Anaya, Milos de Azaola, Andrés Díaz Sánchez, Esther Domínguez Soto, Javier S. Donate, Curro Esteves, Xuan Folguera, Salomé Guadalupe Ingelmo, Juan Ángel Laguna Edroso, Mercedes Manzano, Miguel Matesanz, L.G. Morgan, Lisardo Suárez y Víctor Villanueva Garrido

**Ilustración de portada:** Ligeia Eterna  
(encuadresdeligeiaeterna.jimdo.com)

**Prólogo:** Juan Alcudia

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# CALABAZAS



*en el trastero*



*Libros Malditos*

# Cinco apuntes sobre libros malditos

«comprendí que el libro era monstruoso»

*El libro de arena*

Un edificio sin ventanas con una peculiar estructura de granito y paneles de mármol translúcido, reforzado por una cuadrícula de hormigón, alberga la Biblioteca Beinecke de Libros Raros y Manuscritos, en la universidad de Yale (Estados Unidos). En el interior se erige una torre de cristal de seis plantas que contiene ciento ochenta mil volúmenes, a los que se suman alrededor de otro millón conservados en el subsuelo. La existencia de un complejo dedicado exclusivamente al almacenamiento y conservación de libros catalogados como “raros” de todas las épocas habla con elocuencia de la fascinación que sobre la humanidad ejerce el conocimiento vedado, ignoto, cifrado o **maldito**, así como su continente: el libro, un artefacto tan sencillo como fascinante, que apenas ha perdido un ápice de su vigencia ni de su encanto a pesar de los envites tecnológicos.

## I

En el capítulo veintiséis de *El libro de la vida*, Santa Teresa relata cómo se vio obligada a despojarse de sus libros predilectos como consecuencia de la aparición del *Index Librorum Prohibitorum et Derogatorum* de la Inquisición: «Cuando se quitaron muchos libros de romance [...] yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos [...] Me dijo el Señor: “No tengas pena, que yo te daré *libro vivo*”». La mística admite que aquellas palabras se le hacen oscuras, pero más adelante aclara: «Su majestad ha sido el *libro verdadero* adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar!». He aquí un testimonio iluminador sobre la consideración del libro como símbolo: el de receptáculo de un conocimiento de inspiración divina. La denotación del término se ve trascendida por connotaciones de raíces claramente místicas: alcanzar la esfera de lo sagrado y el conocimiento pleno y preciso del mundo a través

de la lectura intelectual de un código, otorgado o previamente fijado, accesible solo a una minoría, ya sea elegida (contexto místico) o iniciada (contexto místico). Por extensión, en la estructura racional, ordenada y consensuada del propio sistema de escritura y, por ende, del libro (excepciones mediante, *El libro de arena*), subyace la concepción de un universo diseñado y conjugado por una mente omnipresente y omnimoda, en posesión de esas «verdades» a las que refiere la santa. El libro, en fin, como trasunto de los esquemas cosmogónicos: premeditado y armonioso, fiel al dictado de la Pluma que revela «lo que se ha de leer y hacer».

## II

En su *Diccionario de símbolos*, Eduardo Cirlot cita a Mohyiddin ibn Arabi, a través de René Guénon, en la entrada dedicada al libro: «El universo es un inmenso libro; los caracteres de este libro están escritos, en principio, con la misma tinta y transcritos en la tabla eterna por la pluma divina... por eso los fenómenos esenciales divinos *escondidos* en el “secreto de los secretos” tomaron el nombre de “letras trascendentes”. Y estas mismas letras trascendentes, es decir, todas las criaturas, después de haber sido condensadas en la omnisciencia divina, fueron, por el soplo divino, descendidas a las líneas inferiores, donde dieron lugar al universo manifestado». He aquí otra idea valiosísima, históricamente transversal, que se complementa con la anterior: la Naturaleza entendida como un libro (de autoría elevada: la «pluma divina») cuyos secretos el hombre puede desentrañar mediante su adecuada lectura (a menudo en clave). Ejemplos meridianos son el *Liber Mundi* de los rosacruces o el *Liber Viaticae* de la Biblia. «Las letras que Dios no ha cesado de incorporar a la Santa Biblia, las ha impreso igualmente con toda nitidez en la maravillosa criatura que son los cielos y la tierra, y todos los animales», leemos en *Nosotros los rosacruces*. Asimismo, en *Merchal, el camino de la belleza*, de Graciela Maturo, encontramos la siguiente reflexión: «Para una amplia tradición, heredada por cabalistas hebreos y cristianos, el Universo es Libro inteligible escrito por el Creador. El *Liber Vitae* del Apocalipsis y el *Liber Mundi* de los rosacruces son parte de esta tradición que reaparece en el siglo XIX en los escritores simbolistas: Charles Baudelaire, en el soneto “Correspondances”». Imposible no evocar ese «bosque de símbolos» al que el poeta francés alude en su famoso poema.

No dejemos de mencionar, por concomitancia, los textos cabalísticos,

por ser depositarios, en palabras de sus maestros, del lenguaje preestablecido y glosado de la Sabiduría; esto es, la codificación exacta del Mundo Superior, allí donde se hallan las Causas de todo Efecto. Este lenguaje, conocido como «Lenguaje de las Ramas», contiene la *impresión* de las Raíces Espirituales, que nacen de aquel mundo, y posibilita que estas mismas raíces se tornen tangibles en el mundo inferior, el nuestro; de nuevo, la metáfora del libro y de la escritura como catalizador de un conocimiento otorgado y como vía iniciática.

### III

«A la dicha de poseerlo se agregó el temor de que lo robaran»

*El libro de arena*

Se sabe por leyes tácitas que el conocimiento indebido sufre el estigma de lo maldito y exhibe la impronta de lo metafísico. En el Egipto de los faraones, terribles maldiciones encabezaban las tablillas depositadas en las cámaras funerarias con el fin de disuadir a los ladrones, so pena de padecer la furia de los dioses. Con el mismo fin los escribas del Medievo recurrían en el colofón de los libros, que se atesoraban como bienes incalculables, a términos condenatorios como «excomuni3n» y «anatema». Y así, durante siglos, ha perdurado el Libro codiciado y maldito, dormido en el atril de una biblioteca acolchada de manuscritos mohosos, expuesto en las vitrinas de la sala de trofeos de un excéntrico coleccionista, oculto en una cripta en un pueblecito del sur de Europa o emparedado en los muros de un convento en ruinas; blindado invariablemente con una coraza de advertencias y maldiciones arcanas, del mismo modo que el Árbol de la Ciencia se yergue en el Paraíso adornado con el reclamo del Fruto Prohibido: el Conocimiento.

La reputación de Objeto Prohibido, que ha envuelto desde los albores, como un sudario de oscura niebla, a determinados volúmenes, ha contribuido a ensanchar los límites de la realidad, al convertir lo prosaico, esto es, el libro, en extraordinario: una de las premisas fundamentales del fantástico.

### IV

En esta línea, que amamanta la Leyenda Negra (y urbana) y el mito, se alinean determinados libros, algunos tan solo soñados, otros sobradamente

palpados (cuando no: venerados, acariciados, olidos, manoseados, herejizados, rasgados, quemados...), que aumentan exponencialmente la dimensión maldita del conocimiento, a menudo inaccesible y peligroso (no siempre: v.g, los libros proféticos de Cumas). Este abigarrado elenco abarca volúmenes “revelados”: *El libro de Thot*, *Excalibur*, *Las estancias de Dzyan...*; encriptados: el manuscrito *Voynich*, el *Codex Seraphinianus*, el *Codex Rohonczy*, la *Steganographia...*; grimorios: *Codex Gigas*, *La gallina negra*, el grimorio de San Cipriano, el del Papa Honorio, *La llave menor de Salomón* y, por descontado, el *Necronomicón*, el libro maldito por antonomasia de la literatura fantástica. Al igual que Borges o Lem, Lovecraft entretiene ficción e historia para diseñar, con mimbres de veracidad, una genealogía espuria. La mayor influencia sin embargo en la concepción del mítico grimorio debemos buscarla en *El Rey Amarillo*, de Robert W. Chambers, autor al que el de Providence admiraba. Ambos son descritos como textos cuya lectura causa la locura, pero Lovecraft dota al suyo de la más ansiada de las posesiones: el Conocimiento, de origen revelado, como escalera ascendente hacia el poder absoluto.

De nuevo secretos que no deben trascender ni ser trascendidos.

El peligro y el castigo.

Y, en lontananza, los destellos dorados de la manzana edénica.

## V

Ibn Masarra (883-931) es, en palabras de Ángel Cilveti, «el primer asceta y místico de renombre» español. Su doctrina nos ha llegado principalmente a través de dos fuentes, los textos de Iban Arabi y el *Fisal*, de Ibn Hazm. En esta obra, el historiador cordobés atribuye a Masarra, no sin ciertas dudas, la autoría del siguiente poema:

Dicen que el rey Yamshid lo recibió  
de manos de *Lat* y *Menat*<sup>1</sup> cuando vagaba  
por el Valle de la pobreza<sup>2</sup>.

Puerta al Mundo Imaginal<sup>3</sup>,  
hogar turbulento de los *Yen*,

---

1 Ídolos de piedra adorados por los árabes antes del Islam.

2 Última etapa de la senda del viajero según la terminología sufi.

3 ‘Alam-e Misal, uno de los cinco planos de la Presencia divina, equivalente al plano de la Imaginación (Jiyal).

cuando despliego el pergamino  
huyen las gacelas  
y avisto alas negras sobre el desierto.

¡Oh, Amado, protégeme de su contenido!  
Pues ni entre derviches  
me siento a salvo.

**Juan Alcudia**

# Casa Contini

Por Miguel Matesanz

Entrar siempre es lo más fácil.

En el plano de la vivienda, solo aparecen tres accesos a Casa Contini: la puerta principal, la puerta que comunica la cocina con el jardín trasero y la entrada al garaje. Sobre el terreno, descubrimos que dos de ellos ya no existen, o al menos están cegados y no permiten el acceso a la vivienda. Tanto la puerta principal como la plancha de hierro del garaje se ven cubiertas por el mismo liquen grisáceo que se extiende alrededor de la casa como una espeluznante dermatitis del terreno.

Podríamos despejar la puerta principal y entrar como si fuéramos los dueños de la casa, pero nuestro silencio nos delata. Casa Contini no admite dueños, ni siquiera habitantes. Los tres lo sabemos muy bien, aunque ignoremos casi todo lo demás, todo cuanto concierne a esa vivienda que parece esperarnos para darse un atracón con nosotros. Ni siquiera ese pensamiento trivial consigue hacerme sonreír. Las sonrisas las hemos dejado muy atrás, a más de quince kilómetros de este lugar. Ahora estamos aquí, ahora no es tiempo de sonreír. Lo único que podemos hacer es entrar (que siempre es lo más fácil) por donde podamos y enfrentarnos a lo más difícil, a lo que haya escondido ahí dentro.

El plan original consistía en acceder por la entrada principal, pero no pienso ponerme a desbrozar ese liquen grisáceo que la cubre como un manto siniestro, y así se lo hago saber con la mirada a Fran y a Kesha. Ella se encoge de hombros, él echa a caminar hacia la derecha, en dirección a la fachada lateral. El silencio es tan absoluto que nuestras pisadas resuenan como sacos de cemento cayendo desde el cielo. El silencio y algo más, una especie de opresión que procede del aire, o de la luz. La sensación de que todo cuanto nos rodea podría estallar en cualquier momento y reventarnos como insectos aplastados por un puño colosal. Hay estudios muy recientes sobre este fenómeno. Pienso en ellos mientras rodeamos la vivienda. Está el de Newman, también el de Leonardi, o el del doctor Sandoval, pero mi favorito es el de Kovacs, mucho más amplio y pormenorizado que el de sus

colegas. En su trabajo, publicado hace apenas un par de días, Kovacs habla del «vórtice de la tensión asimétrica» para referirse al miedo que ahora estamos sintiendo. Los tres nos acercamos a ese vórtice del que habla Kovacs, y a mí lo único que me ayuda a no pensar en ello es, precisamente, pensar en ello. Los conceptos teóricos son mi frágil escudo contra el horror. No sirven de mucho, pero consiguen impulsar mis piernas hacia adelante, y eso ya es un triunfo a tan escasa distancia de Casa Contini.

A medida que avanzamos, empiezo a fijarme en los detalles, porque hasta ahora lo único que he sido capaz de retener es la visión de conjunto de los últimos quince kilómetros, tan devastadora que ha conseguido embotar mis sentidos. A simple vista, Casa Contini es lo que se denomina un chalet, solo que ya no lo es. Si algo tenemos claro, es esto. No es una vivienda de una planta con garaje, porche frontal elevado y jardín, tanto delantero como trasero. Puede tener todo el aspecto de un chalet, pero ya no lo es. Hace tiempo que dejó de serlo. Ahora es otra cosa, pero nadie sabe de qué se trata.

Algunos investigadores defienden la teoría de la casa encantada, pero si nosotros estamos aquí es porque alguien ha descartado esa posibilidad. O pretende que la descarte nuestro equipo de tres, siempre que consigamos regresar.

Los detalles en los que he empezado a fijarme, aquí van. El líquen grisáceo que cubre la puerta principal y el portón del garaje no se ha extendido por la fachada frontal, ni tampoco por la lateral. Sí lo ha hecho por el suelo, en forma de infinitos regueros irregulares que parecen palpar como arterias grises. Los regueros de líquen se extienden de forma anárquica por toda la zona infectada, nada menos que quince kilómetros a la redonda, lo hemos comprobado desde que los militares nos dieron el pistoletazo de salida y montamos en el Rover de Kesha para recorrer la distancia que nos separaba de Casa Contini. Aunque es mediodía, el cielo y la luz que ilumina esta tierra devastada son plomizos, del mismo tono que el líquen. Hemos pasado por delante de dos ventanales amplios y dos ventanas más pequeñas y no hemos podido ver el interior de la vivienda porque todas las cortinas están corridas. Resulta imposible saber lo que nos espera en el interior, aunque a los tres nos une la misma pasión y ese es el motivo de que estemos aquí. Vuelvo a mencionar el silencio. No se trata de un silencio pasivo, sino todo lo contrario. Es el silencio de alguien, o algo, que está agazapado. Es un silencio preñado de amenaza, que te impulsa en

todo momento a mirar a tu espalda, aunque ahora mismo los tres estamos mirando al frente, a la puerta trasera de Casa Contini, la puerta de la cocina, esa puerta entreabierta que parece invitarnos a entrar al lugar del que no ha regresado nadie.

Hubo una llamada desde un móvil. Así empezó el asunto, con una llamada a Emergencias que apenas duró cinco segundos. La voz desgarrada de una mujer pronunciando tres palabras. No se necesitan más para desencadenar el horror. Tres palabras sin sentido, un mensaje sin un significado comprensible. La operadora que atendió la llamada podría haberse despreocupado, pero algo en la voz de la mujer le hizo quedarse petrificada después de que la conexión se hubiese interrumpido, solo cinco segundos después de haber contestado. La operadora permaneció paralizada durante un minuto, espantada por el miedo que acababa de apoderarse de ella. Nunca había escuchado a nadie hablar, o gimotear, con esa desesperación. Lo que había dicho la mujer no tenía sentido, solo tres palabras farfulladas que podían significar cualquier cosa, pero eso precisamente era lo peor. «Cualquier cosa» es el precipicio por el que siempre se despeña la imaginación.

Solo tres palabras.

Pronunciadas por una mujer al borde del precipicio.

*El libro... Contini.*

Cuando la operadora informó a su superior, hubo un instante de indecisión, porque el mensaje recibido no parecía motivo suficiente para hacer un seguimiento de la llamada y enviar efectivos al domicilio del titular de la línea. ¿Desde cuándo un libro podía ser peligroso? Los peligrosos, eso lo sabía cualquiera, eran los que leían libros. La gente cometía barbaridades; los libros, no. ¿Y quién era Contini? ¿Un escritor? ¿Un crítico que se había pasado de la raya? ¿Un bibliotecario que reclamaba un libro sustraído? El asunto no parecía tener mucha consistencia. Aun así, se devolvió la llamada al número desde el cual se había recibido el mensaje, sin obtener respuesta, en más de seis ocasiones, y cuando se identificó al titular del móvil se envió una patrulla de policía al domicilio que figuraba en la base de datos. Los dos agentes enviados esa noche fueron los primeros de una larga lista de desaparecidos, aquellos que nunca regresaron de Casa Contini.

Sí, fueron los primeros si no contamos a la familia de cinco miembros

que hizo la llamada y de la que nunca se ha vuelto a saber nada.

Fran entra delante, Kesha lo sigue y yo cierro la comitiva fúnebre.

En cuanto accedemos al interior de Casa Contini, nos sorprende la falta de olor. Allí dentro han desaparecido más de treinta personas en las últimas dos semanas y los responsables de desentrañar el misterio dan por hecho que los cadáveres se han ido amontonando en algún rincón de la vivienda. Así volvemos al precipicio por el que se despeña la imaginación. Cuando todo el que entra en un lugar desaparece y no vuelve a ponerse en contacto con los que se mantienen a una distancia segura (en este caso, más allá de la zona de infección, que hoy ocupa quince kilómetros, pero mañana alcanzará alguno más), puedes imaginarte cualquier cosa. De hecho, lo más fácil es suponer que allí está muriendo gente. Pero ahora, una vez que estamos dentro, los tres inhalamos fuerte, mirándonos con extrañeza, porque en Casa Contini no huele a nada. Quizás haya un leve aroma a humedad, pero es tan insignificante que desaparece a la siguiente inspiración.

Ningún hedor putrefacto. Ningún miasma infecto provocándonos náuseas.

Puede que en esa vivienda haya desaparecido un montón de personas, pero sus cadáveres no están allí. Y enterrados en el jardín, tampoco. Otro de los detalles en los que me he fijado: la tierra del jardín trasero no está removida.

Eso lo complica todo aún más porque, aparte de los desaparecidos, en los últimos cinco días no ha entrado nadie en la zona de infección. O eso creemos.

Nos mantenemos en silencio, porque comentar lo obvio en estas circunstancias resulta ridículo, y sobre todo porque la segunda sorpresa, tras la ausencia de olor, es de las que enmudecerían a cualquiera.

Hemos entrado en una cocina vacía. En realidad, esto no es exacto. Hemos entrado en un cuarto vacío, porque no existe a nuestro alrededor ninguna señal de que este habitáculo haya sido una cocina alguna vez. Solo sabemos que lo fue por el plano de la vivienda. No hay muebles, ni fregadero, ni horno, ni lavadora, ni frigorífico, ni fuegos para cocinar. No hay visillos, y cuando reparo en este hecho empiezo a sentir un desagradable vacío en mi interior, porque cuando hemos rodeado la vivienda y hemos pasado por delante de la última ventana de la fachada

lateral, he visto unos visillos tupidos y un cubre-ventanas bajado. Ahora no hay nada. O alguien se ha dado mucha prisa en quitarlos, o algún responsable gubernamental se ha equivocado al decidir que nosotros tres formábamos el equipo perfecto para resolver el enigma de Casa Contini.

Por no haber, no hay ni siquiera tomas de agua en la pared, ni tuberías asomando por algún baldosín, porque tampoco hay baldosines, ni suelo cerámico, ni losetas de gres. El suelo es de tierra y las paredes parecen recubiertas de algún mortero muy rústico y oscuro. Tanto por el suelo como por estas se extienden los regueros de liquen grisáceo que hemos visto en el exterior, cruzándose unos con otros en una imagen caótica, sin sentido aparente. Son como riachuelos de podredumbre tiznada que, en contra de toda ley natural, mantienen su escasa anchura sin mezclarse ni derramarse en los demás. Y siguen palpitando a un ritmo regular, como si corriese por su interior una sustancia líquida bombeada desde algún misterioso corazón. La imagen me perturba profundamente, aunque no sería capaz de explicar por qué.

Si alguna vez vivió una familia en Casa Contini, y sabemos que así fue, resulta muy difícil imaginar lo sucedido en esa cocina, en ese cuarto completamente vaciado. Si la familia no fue la responsable de lo que ahora estamos contemplando, y doy por sentado que no lo fue, me pregunto qué clase de fuerza o de poder puede llegar a arrancar todas las entrañas de un hogar y vaciarlo por dentro como a un animal que se pretende disecar.

Sé que Fran y Kesha se están preguntando lo mismo que yo, porque los tres no dejamos de contemplar, taciturnos y espantados, este borrado demoníaco, esta forma tan primitiva y radical de eliminar cualquier atisbo de civilización en una vivienda que una vez habitó una familia. Y también sé que los tres nos estamos haciendo otra pregunta de muy difícil respuesta: qué diablos hacemos aquí.

Los tres somos amigos desde hace más de diez años, no amigos de vernos cada semana o una vez al mes, pero sí colegas de profesión a los que los une una pasión compartida: las palabras, las historias, la literatura. Nos movemos en campos diferentes, pero colaboramos con frecuencia en ponencias interdisciplinarias que se realizan en el ámbito universitario. Del primer encuentro fortuito ante un auditorio de estudiantes hemos pasado a reuniones periódicas que parecen despertar el interés de buena parte del alumnado. Aparte de las obras personales de cada uno, los tres hemos

publicado un trabajo conjunto hace tres años sobre la posible existencia de un texto apocalíptico de origen incierto que aparece de forma constante, pero muy confusa, en las obras de varios satanistas del siglo XX.

Fran se dedica a la antropología lingüística, tiene tres años menos que yo y saltaría por las cataratas de Iguazú si Kesha se lo pidiera. Debo confesar que yo también lo haría, pero provisto de un buen chaleco acuático. Kesha es doctora en Historia de la Literatura, especializada en mitología y textos malditos, su edad es lo de menos cuando la miras y nunca nos pedirá que saltemos por ella desde catarata alguna. De hecho, puestos a pedir, lo que nos ha pedido es mucho peor. Yo soy filólogo y un estudioso de la literatura cósmica, de seguro que no cumpliré más años de los que tengo ahora y estoy aquí por Kesha, porque ella me lo pidió y porque no se me ocurre mejor manera de desaparecer que hacerlo en su compañía.

Ninguno está casado. No tenemos pareja ni hijos. El mundo no lamentará nuestra pérdida. Somos los candidatos perfectos para visitar Casa Contini.

Antes de abandonar la cocina, a ninguno se le ocurre acercarse a la ventana. Gran error. Habría sido lo lógico después de haber reparado en las discrepancias entre su aspecto exterior y el interior. Supongo que nos sentimos tan abrumados por esa cocina vaciada que estamos deseando salir de ella y avanzar por el pasillo que se abre a la derecha.

Tampoco cerramos la puerta que da al jardín trasero. Más vale que tengamos un camino de huida despejado si las cosas se ponen muy feas; aunque no es seguro que tengamos tiempo para ello, por supuesto.

Accedemos al pasillo, estrecho y en penumbra, de unos seis metros de longitud, con una puerta abierta a cada lado hacia la mitad. Puerta izquierda, una habitación con el mismo aspecto de la cocina, completamente vaciada. Ni armario, ni cama, ni mesa, ni sillas. Nada de nada. La ventana que da a la fachada lateral no tiene visillos ni cortinas. Pues muy bien. Puerta derecha, el cuarto de estar más aburrido que uno se pueda imaginar. Igual de vacío que las otras dos piezas. Aquí no hay ventana, menos mal. Tanto la habitación como el cuarto de estar se ven decorados por regueros de líquen grisáceo, procedentes del pasillo, que cubren paredes y suelo como los brochazos anárquicos de un pintor demente.

Y vuelvo a sentir un vacío en mi interior, como si una excavadora estuviese arrancándome las entrañas y dejándome hueco por dentro, igual que esos cuartos desnudos, desolados. Quizás esa sea la terrible amenaza de Casa Contini: irte vaciando poco a poco hasta que solo seas una carcasa inútil que termine convirtiéndose en líquen grisáceo. Quizá.

Avanzamos por el pasillo muy despacio, pisando los regueros de líquen como si temiéramos reventarlos y liberar alguna sustancia letal. No sabemos si esconden algo en su interior, o si podrían cobrar vida de repente y abrazarnos como sogas hasta dejarnos sin aliento. No me gusta la expresión de Kesha, que camina con los hombros encorvados, un poco encogida, como anticipando un ataque por sorpresa de una entidad ectoplásmica, justo lo contrario de lo que nuestro equipo está en condiciones de combatir.

Fran va por delante de nosotros y, cuando alcanza el recibidor y mira a la derecha, se queda paralizado, incapaz de avisarnos de lo que estamos a punto de contemplar. Llegados a este punto, no necesitamos recorrer el resto de la vivienda para imaginar el estado de las demás habitaciones. Doy por sentado que todas están vacías. Más que vacías, ahuecadas. Más que ahuecadas, absorbidas. Como si un aspirador monstruoso hubiese arrancado con absoluta limpieza cualquier signo de vida. Y me pregunto, un segundo antes de reunirme con Fran y Kesha frente a la entrada del salón, en qué se convierte una casa cuando no es más que una carcasa, un hueco muerto.

Me olvido de esa pregunta y de cualquier otro pensamiento en cuanto lo veo, en cuanto siento su presencia frente a mí, junto a mí, dentro de mí.

Los medios de comunicación empezaron a llamarla Casa Contini tres días después de que comenzase a actuar. Se filtró el contenido de la llamada nocturna y el titular «¿Qué ocurre en Casa Contini?» no se hizo esperar. En un principio, la población se lo tomó a broma, porque la noticia recordaba demasiado a esos reportajes truculentos que tanto éxito tenían en los programas sensacionalistas. Los chistes sobre Casa Contini empezaron a circular por todas partes, hasta que dejaron de hacer gracia cuando un informativo habló por primera vez de «zona infectada». Ni los periodistas ni las autoridades tenían la menor idea de a qué se enfrentaban, porque nadie había podido regresar de Casa Contini para informar de lo que allí estaba ocurriendo.

Kesha se reunió con el gabinete de crisis responsable de la investigación un día después de que el apellido Contini se hiciera público. Fue ella quien se ofreció a colaborar porque creía saber quién era Contini. El nombre de Luca Contini había aparecido en el curso de sus estudios sobre ciertos libros malditos escritos en el periodo de entreguerras, siempre de forma casual, muy inconcreta, una referencia de pasada sobre un escritor frustrado cuyos manuscritos habían sido rechazados y tildados de enfermizos y sacrílegos por los editores de la época y que había terminado convirtiéndose en promotor en la sombra de ediciones que circulaban entre un reducido grupo de iniciados en cierto tipo de literatura abominable. Dichas obras nunca habían visto la luz pública, jamás habían pasado por una imprenta ni habían llegado a los estantes de una librería o de una biblioteca. Eran escritas a mano por diferentes transcritores y difundidas entre los escasos adeptos a Contini. Hasta donde Kesha había logrado averiguar, no se conservaba copia alguna de esas obras y, en cierto documento de índole privada, se hablaba de un incendio que podía haber acabado con casi todos los ejemplares existentes, que no podían ser más de un centenar. Este hecho enloqueció a Contini y lo llevó a recluirse hasta su muerte en un lugar del que nada se sabe y al que sus adeptos denominaban Casa Contini.

Kesha nos relató esta historia pocas horas después de su reunión con el gabinete de crisis y nos propuso que la acompañásemos a la zona infectada. Las autoridades se veían impotentes para contener el desastre y debían de haberse vuelto igual de locos que Contini cuando decidieron que un antropólogo lingüístico, una doctora en Historia de la Literatura y un filólogo eran el mejor ejército con el que contaban para evitar el fin de la vida en el planeta.

### *El libro... Contini.*

La única información que había salido de Casa Contini. Después, nada más que silencio y desaparecidos.

Si la cosa iba de libros, nosotros éramos unos héroes tan buenos como cualquier otro.

Así que aquí estamos, sin armas, sin defensas, sin escudos, porque ya se ha comprobado en los últimos días que cualquier clase de ataque no sirve de nada en la zona de infección. Tampoco llevamos teléfonos ni ordenadores, porque en quince kilómetros a la redonda no hay cobertura ni manera

alguna de comunicarse con el exterior.

Por fin estamos frente al único habitante y dueño de Casa Contini.

Las puertas dobles del salón permanecen abiertas y dejan ver, en mitad de ese recinto también vaciado, un libro abierto en el suelo del que parte un único reguero de líquen que se retuerce a su alrededor como un intestino palpitante. En cuanto lo veo, me olvido de mis compañeros y de la misión que nos ha traído hasta este lugar. Ahora solo deseo acercarme y contemplar cómo el reguero de líquen brota sin interrupción de las páginas abiertas. Este libro me ha estado esperando toda la vida sin que yo lo supiera y ahora, por fin, lo tengo delante de mí, a mi alcance, como una recompensa.

Soy el primero en avanzar hacia él y, en apenas cuatro pasos, estoy dentro del salón, por delante de Keshu. Las paredes, el techo y el suelo están cubiertos por los regueros de líquen, por un dibujo en forma de espiral que consigue marear a quien lo contempla. Pero mi atención está concentrada en el libro abierto, en las páginas que se van quedando en blanco a medida que el texto desaparece y se convierte en líquen. Estremecido por esa imagen inesperada, contemplo las palabras escritas a mano borrándose de forma continua, desapareciendo del papel amarillento y abarquillado, como si un pincel invisible estuviera cubriendo de pintura blanca el texto infame. De pronto, siento la presencia de alguien a mi derecha, pero me cuesta recordar el nombre de la mujer que me ha acompañado hasta allí, y doy por sentado que a ella debe de sucederle otro tanto conmigo. Sé que la conozco, pero ahora me da igual de quién se trate. Lo único que me importa es el libro, y el reguero de líquen palpitante que brota de él.

En ese lugar, frente al libro, el silencio se hace aún más opresivo, y tengo la sensación de encontrarme en el interior de una catedral sin límites, oscura y muy fría, en un templo al que solo unos pocos pueden acceder y del que no hay ninguna necesidad de salir. Y, en el centro de ese templo, en el altar de este recinto sagrado, el libro se va liberando de su mensaje, se va desprendiendo de cada una de sus palabras, como si le estuviera ofreciendo al mundo un credo corrompido.

A mi espalda, se escucha un chirrido y vuelvo la mirada hacia el recibidor. Un tipo al que creo conocer, pero cuyo nombre no consigo recordar tampoco, ha abierto una puerta que no estaba ahí hace unos instantes. El tipo observa la densa oscuridad que hay al otro lado del

umbral y exclama:

—¡Están ahí! ¡Nos esperan abajo, en el sótano!

¿Abajo? ¿En serio?

Entonces recuerdo los planos de una vivienda de una planta en la que no existía ningún abajo, nada de sótano. Puede que ya no estemos en esa vivienda. Puede que ahora nos encontremos en otro lugar. En el recinto sagrado que acabo de imaginar.

Mientras veo al tipo dar un paso al frente, en dirección a la puerta abierta, unas manos de niño surgen de la oscuridad y se agarran a sus pantalones. ¡Ya eres nuestro!

Me vuelvo hacia el libro, porque no me interesa cuanto le suceda a ese tipo, aunque escucho su voz saludando a alguien. La mujer cuyo nombre sigo sin recordar se arrodilla en el suelo, a mi lado, contemplando en una especie de trance la página que está a punto de quedarse sin texto, borrada, vaciada, al igual que todas las habitaciones de la vivienda. En el instante en que desaparece la última letra de la página derecha, la hoja de papel se levanta por sí sola y se vence a la izquierda, mostrando las dos páginas siguientes, llenas de texto, y el primer renglón de la página izquierda comienza a desaparecer, transformándose en el reguero de liquen que nunca cesa de brotar del libro.

Suenan susurros y pasos amortiguados desde el recibidor. Alguien parece haber subido desde el sótano que no existe y quizá esté presentándose al tipo cuyo nombre no consigo recordar. Sin volver la vista atrás, siento la presencia de gente a mi espalda, no de una o dos personas, sino de un grupo que empieza a aparecer y a detenerse a ambos lados de donde yo estoy. Dos tipos disfrazados de policías, tres con aspecto de enfermeros, una docena de militares, una mujer y un hombre que llevan de la mano a un crío de no más de cuatro años, un niño de seis o siete correteando alrededor del libro. Y más, unos cuantos más, que van llegando desde el sótano que no existe como el grupo de invitados a una ceremonia en la que yo debería sentirme como un intruso, aunque no sea así como me siento.

Para confirmar que no soy un extraño, una mano cálida y menuda agarra una de las mías y tira de ella para que me deje arrastrar hacia un extremo del cuarto. Es la mano de una niña de unos diez años, morena, con el pelo muy largo y una expresión traviesa en su mirada. La sigo entre el resto de los invitados y terminamos deteniéndonos frente al ventanal de la

fachada frontal, desde el que se ve la carretera por la que se llega a la casa.

—¡Mira! —exclama dedicándome una sonrisa que me conmueve, y dirige su mirada hacia el exterior.

Hago lo que me indica y contemplo el mundo del que procedo, aunque no es exactamente el mismo que recuerdo. Es muy parecido, pero hay algo que lo hace diferente, muy diferente. La urbanización y el barrio en el que está situada tienen el mismo aspecto abandonado, desértico. El mismo erial que hemos atravesado (¿hemos?, ¿quiénes?) para llegar hasta aquí. Una tierra vaciada por un horror (¿horror, ¿qué horror?) que nadie entiende.

Pero yo sí lo acabo de hacer, ahora lo entiendo, ahora entiendo el inevitable final de ese mundo que contemplo al otro lado del cristal.

Vistos desde el exterior, los regueros de liquen se extienden por la tierra como un entramado caótico y demencial pero, vistos desde el interior de la casa, los regueros tienen un orden, un sentido. Forman palabras y frases, son los renglones de un nuevo evangelio, son la Buena Nueva de Luca Contini. El mundo se ha convertido en una página en blanco por la que avanza el liquen palpitante transcribiendo el mensaje de su nuevo dios, y no dejará de avanzar hasta que toda la página haya sido escrita. Ese es el futuro, eso es lo que está por suceder.

Como filólogo (¿qué es un filólogo?), me hace gracia que un libro vaya a acabar con el mundo. ¿A cuánta gente le han importado los libros a lo largo de la historia? ¿Quién podía imaginar que un libro se convertiría en el enemigo definitivo de nuestra especie? ¿Desde cuándo alguien ha temido algo de un libro, o de su autor?

La carcajada resuena como un tañido fúnebre en mitad de este recinto sagrado. Tardo unos segundos en comprender que he sido yo quien la acaba de lanzar y, en cuanto lo entiendo, me dejo llevar por la risa, encantado al comprobar que la niña también está riendo, y con nosotros el resto de los invitados.

—Ven —me dice la niña con suavidad—. Tienes que conocer a Luca.

Y, sin dejar de reír, le doy la espalda a ese mundo condenado y me encamino hacia el sótano que no existe, deseoso de conocer a nuestro Creador.

Antes de montar en el Rover de Kesha, un militar nos deseó suerte con muy poca convicción y añadió que éramos el milagro que podía salvar el mundo. Cuando un militar confía en gente de letras, malo.

Nos pusimos en marcha y entramos en la zona infectada. Ya la habíamos visto en los informativos de los últimos días. Se habían enviado ambulancias, un comando de las fuerzas especiales, a un par de científicos especializados en no sé qué rama de trastornos medioambientales, y así. Después del séptimo envío, cuando se hubo comprobado que de Casa Contini no regresaba nadie ni se recibía mensaje alguno, se decretó la evacuación masiva de la zona, porque un extraño liquen se estaba extendiendo alrededor de su epicentro. Las viviendas de la urbanización quedaron vacías, más tarde las que se hallaban en un radio de cinco kilómetros, que después se amplió a diez y, a continuación, a quince. El liquen seguía creciendo y ningún responsable se atrevía a ordenar la entrada de tropas para que terminasen desapareciendo bajo la influencia de Casa Contini. En un intento desesperado por frenar el avance de la infección, se lanzaron proyectiles cinéticos, obuses, bombas de racimo. Nada sirvió. Al entrar en la zona infectada, parecían desactivarse y se volvían menos dañinas que una piedra lanzada por un tirachinas.

Solo quedábamos nosotros, los expertos en libros y en palabras. El milagro que podía salvar el mundo. ¡Menuda ironía!

Dejé de repasar los acontecimientos de las últimas jornadas y me concentré en la necia misión que se nos había encomendado. Desde que habíamos montado en el vehículo, los tres nos habíamos mantenido en un tenso silencio, cada uno concentrado en sus pensamientos. Hablar en esas circunstancias no parecía servir de mucho.

Mientras nos adentrábamos en ese mundo vaciado, acercándonos a Casa Contini, desplegué el plano de la vivienda para repasar, una vez más, los posibles accesos a su interior, aunque esto tampoco sería de gran ayuda, porque ya se sabe que entrar siempre es lo más fácil.

## Sobre el autor de «Casa Contini»:

**Miguel Matesanz** nació en el barrio Lucero de Madrid, el Bronx de la capital española en los años '70. De pequeño trabajó como estudiante aplicado, monaguillo de misa dominical y jugador talentoso de canicas y chapas. Pasados los años, se licenció en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid y, más tarde, fue locutor y director de varios programas radiofónicos en Radio Sevilla la Nueva, corrector de libros institucionales (*Libro de estilo de Telemadrid*, entre otros), responsable de la sección cultural de la revista médica *Sístole*, agente de recaudación en la Agencia Tributaria y cantante de éxito en la ducha de su casa.

Aunque escribió su primera historia a los siete años, no consiguió publicar su primer libro hasta 2005, año en que ganó el premio Leer es Vivir de literatura infantil (*Las manos de otro*, Everest). En 2006 quedó finalista del premio El Barco de Vapor (*La verruga de Maleficia*, SM), y en 2009 (*El hipoceronte*) y 2011 (*El examen de matemáticas*) también fue finalista del premio Edebé de literatura infantil. Sus libros se han publicado en China, Corea, Turquía, México y otros países latinoamericanos. Desde hace tres años, publica una reseña literaria semanal en La Ventana, la revista digital de la Agencia Tributaria.

A lo largo de 2017, ha publicado el relato «Cuando agosto no es un mes» en la antología de ciencia-ficción Quasar 2 (editorial Nowevolution), el relato «Muy señor mío»: en la antología Visiones 2017 (AEFCFT) y el relato «Reclamación» en el número 7 de la revista digital Vuelo de cuervos.